

## ANTE UN GRUPO SELECTO

---

# FORMACIÓN SOCIAL DE LOS JÓVENES

---

(Continuación)

### DESORDEN ANÁRQUICO

A mi manera de ver la obra de la formación intelectual, para tener eficacia formativa, ha de ser en cierto modo como un trasunto de una sociedad bien constituida y ordenada.

Ha de haber entre las ideas de la mente **CONCATENACIÓN** de categorías, de reacciones, y tendencia general, coordinada a un mismo fin.

El **ANARQUISMO** intelectual, que por desgracia reina actualmente en tantos entendimientos, es de funestísimas consecuencias.

Y los que han tratado personalmente con muchos anarquistas doctrinarios y de acción, pueden asegurarnos que casi todos ellos lo son por haber abusado de las lecturas.

Su inteligencia padece una horrible indigestión de sistemas, de opiniones, de ideas de todo género de doctrinas, desde las más racionales y sensatas, hasta las más absurdas y extravagantes.

Con esos pobres enfermos de la cabeza—y también muchas veces del corazón—es casi imposible del todo, discutir serenamente.

Lo mejor es permitirles que se desfoguen en un largo y exaltado monólogo; que, en alta voz y a su antojo, discurren solos, hasta contradecirse palmariamente, lo que no suele dejar de ocurrir después de algún tiempo muchas veces. Y muy enfermos, sino locos han de estar, que no lleguen a comprender al poco rato, que su cabeza, como me decía uno de tantos, *es una olla de grillos*. Bien que dando la culpa de ello, no a las lecturas, sino «a las injusticias que en el mundo se cometen».

Fuera de algunas **IDEAS FIJAS**, que suelen obsesionarles por efecto de su estrabismo intelectual, del desequilibrio de su mente, o por la

dificultad de reaccionar contra las crisis del neurosismo—casos todos frecuentes en los anarquistas más exaltados—en todo lo demás, la *confusión* más espantosa reina en sus turbulentas inteligencias, apariencias, reales o fingidas, de hombres reconcentrados.

Muchos de ellos son, a la vez, materialistas y espiritualistas, escépticos y supersticiosos, librepensadores y dogmatizantes, deístas y ateos, casi místicos, a su manera, y casi fieras... todo en una pieza. ¡Caso digno de compasión, no exclusivo, como bien sabéis vosotros, de tales anarquistas!

Recuerdo, a este propósito, haber leído en un libro francés (1) unas palabras que el autor pone en boca de una institutriz, las cuales no pueden ser más oportunas.

Hélas aquí:

*«J'avais a cette époque une ardeur dévorante pour la lecture. Je lisais tout ce qui me tombait sous la main, des ouvrages de toutes les catégories. Je vous recommande se procéde si vous avez envie de vous abrutir et de vous aveulir.»*

Esas palabras que no necesitan ser comentadas, son el mejor epifonema de cuanto llevo dicho acerca de la anarquización de la mente por el abuso de las lecturas.

#### EL MAL DE LAS IMPROVISACIONES

Y ahora, señores, creo que no me negaréis—no sé si alguien entre vosotros, pretendía negarlo—que adquirir la formación intelectual, y mucho más la moral, de la que ahora no tratamos, es cosa tan difícil que exige de parte del hombre trabajo constante y concienzudo, aplicación seria y metódica.

Cierto. No se IMPROVISA de golpe. No se alcanza con vehemencias y arrebatos. No se obtiene *per saltus*. Y mucho menos se logra con dejarse atraer y fascinar por lo vario y seductor de las lecturas.

En este punto, generalmente, los que quieren correr mucho dando grandes zancadas, casi nunca llegan a la meta que se propusieron alcanzar, antes bien, de ordinario, después de dar muchas vueltas y revueltas, resulta que, apenas si han logrado avanzar unos metros y, por ende, no pasan de malos aprendices, de perpetuos principiantes, los cuales a veces a fuerza de fracasos, llegan a entender que nada, bien sabido saben.

Aún don Miguel de Unamuno, que a tantos jóvenes ha desequili-

(1) *Le Renouveau catholique dans l'enseignement*, por J. LESCOURE.

brado, no ha podido menos de reconocer, en uno de sus momentos de sensatez, que «saber una cosa mal no es saberla (1).»

Realmente, mírese la cosa por el lado que se quiera, los semi-sabios, los enciclopedistas a la moderna, los polígrafos baratos, son, hoy por hoy, una verdadera calamidad. Y si se las echan de impíos... calamidad de calamidades.

Hablan y escriben de todo, con una imprecisión tan estupenda que da grima. Discurren sobre cualquier materia, con una falta de sindéresis y de rigor lógico, que espanta. Y audaces y confiados en sus éxitos manualísticos, se lanzan con pasmosa tranquilidad a plantear y resolver (?) los problemas más abstrusos, a dirimir las cuestiones más candentes y trascendentales, a veces a negarlo todo o lo que les venga en talante; casi siempre a disputar cualquier tema, con todo el mundo, o por decirlo mejor, a dogmatizar tan feroz y cómicamente, que uno no sabe si echarse a reír o ponerse a llorar.

Pero este caso, señores, tan lamentable y juntamente tan risible, ocurre también, por desgracia, en nuestro campo, en el terreno de la propaganda religiosa y social.

No son tan pocos, como alguien quizás podría figurarse, los que repentinamente se sienten apologistas y sociólogos... Y si no tanto, por lo menos «propagandistas religiosos y sociales», frase que si, de ordinario revela mucho celo, a veces encubre bastante ignorancia.

No faltan quienes crean—o por lo menos lo parece—que con llamarse *propagandistas*, ya pueden atreverse a lo que, con justo motivo y obrando muy cuerdamente, no osan hacer muchos sacerdotes. Y no porque estos tales no sientan los estímulos del celo, sino porque saben cuánto exige la Iglesia de los que pretendan dar *conferencias* o refutar los errores científicos de los adversarios (2).

Y hablando de los seculares dijo S. S. el Papa Benedicto XV: «Los laicos no deben pretender ser propagandistas de la doctrina católica, especialmente cuando se trata de refutar los errores contrarios, si del

(1) En *La Nación*, de Buenos Aires (21 de noviembre de 1920).

(2) «Con respecto a las conferencias que se dirijan a defender la religión de los ataques de los enemigos, algunas veces son necesarias; pero esta es una carga que no está hecha para todos los hombres, sino reservada para los más robustos. Y aún así deben estos potentes oradores usar en esta materia de una gran prudencia; conviene no hacer estos discursos apologéticos sino cuando, según los lugares, tiempos y auditorios, haya verdadera necesidad de ellos, y deba esperarse un gran provecho; de todo lo cual no pueden ser evidentemente jueces sino los Ordinarios.» (De la *Carta Circular* del Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, 1894.)

fundamento, de la extensión y de las aplicaciones del dogma no han adquirido un perfecto conocimiento (1).»

Ello no obstante, hay en nuestro campo, y aún en nuestros mismos círculos de estudios, quienes han empezado—y quizás acabado— a formarse apologeticamente, estudiando, mejor diré, aprendiéndose maquinalmente de memoria la respuesta a unas cuantas objeciones de nuestros adversarios.

«*Mauvaise methode*», dice con mucha razón un trabajo reciente de la «*Action Populaire*».

Hay que estudiar, sí, señores, hay que estudiar, y muy de veras, y muy a fondo, las verdades de la fe, antes de proceder a repeler los ataques de nuestros adversarios contra la Religión católica.

Creen algunos que irán más aprisa siguiendo el otro procedimiento: «*Mauvaise methode*». En realidad lo que resulta es que, ocupa-

(1) Discurso de Su Santidad en el acto de la lectura del Decreto sobre las virtudes heroicas del Ven. Roberto Belarmino. (*L'Osservatore Romano*, 23 de diciembre de 1920.)

En consecuencia con estas sabias previsiones y direcciones de Su Santidad, el Cardenal Mistrangelo, arzobispo de Florencia, envió a todas las asociaciones católicas de su archidiócesis la siguiente comunicación:

«Il nobile ufficio dei Sacerdoti di annunciare al popolo la parola di Dio esige lunghi anni di preparazione e la speciale autorizzazione dell'Autorità Ecclesiastica; con pari motivo il compito non meno nobile e pieno di responsabilità di parlare della religione e dei gravi problemi economico sociali nei Circoli Cattolici o nelle pubbliche Assemblee, richiede accurata preparazione e speciale competenza.

Non ci sfugge il danno, che, spesse volte, proviene alla gioventù, erroneamente educata da propagandisti, improvvisati, ed imperiti; e, perciò, in vista del maggior bene spirituale dei Cattolici, nell'intento di giungere alla formazione di serie coscienze cristiane, raccomandiamo alla Giunta Diocesana, e in specie, al Segretariato Pro-Cultura e alle singole Presidenze, facenti capo alla stessa Giunta, la fondazione e formazione delle Scuole dei propagandisti, così regolate:

1 che si svolgano in esse programmi pratici non accademici, iniziandoli e proseguendoli a forma di vera e propria lezione, con orari precisi, testi, ecc.;

2 che al termine dei corsi si facciano subire ai volenterosi apposite prove, affine di ricevere il necessario diploma;

3 che, senza il predetto diploma, nessuno possa essere Oratore ufficiali nei Circoli o Assemblee nostre, a meno che non abbia ricevuto particolare autorizzazione dalle Presidenze Diocesane;

4 che, all'infuori dei predetti autorizzati, nessuno possa invitare a parlare altri Oratori nei Nostri Circoli, senza la nostra autorizzazione;

5 che i propagandisti, nel compiere il nobile ufficio di formare le coscienze cristiane evitino di parlare di politica.» (De *L'Osservatore Romano*, 22 dicembre 1920.)

dos siempre, o casi siempre, en aprenderse respuestas, nunca llegan a poseer sólidamente los fundamentos de sus propias creencias.

### EN LA FORMACIÓN SOCIAL

Otro tanto sucede a veces en el terreno social.

Y si no me engaño, estoy respondiendo ya a la segunda pregunta formulada al principio.

Hay mucha necesidad de defender la fe, de intervenir en las cuestiones sociales. Naturalmente!

Pero sin formación apologética, sin preparación sociológica ¿qué pueden hacer? ¿qué eficacia pueden tener sus trabajos y esfuerzos?

Ah, señores, yo atribuyo—no sé si con acierto—yo atribuyo en gran parte la *ineficacia* de la acción social católica y de la propaganda religiosa—ineficacia de que tantos se lamentan—a la defectuosa preparación de nuestros elementos militantes!

Hay quienes han empezado a formarse socialmente leyendo un folleto sobre casas baratas o una monografía histórica acerca de las primeras cooperativas inglesas de consumo (1), *et rien de plus*. Y si tal vez algo más, todo ello, no llega, a lo sumo, en los tales, sino a un conjunto disparatado de ideas, las más opuestas, de diversas escuelas; a una juxtaposición de fragmentos sin correlación de ninguna clase; a una colección de vaguedades, de incongruencias, de reivindicaciones, casi siempre de sabor socialista vergonzante, o de manifiesto socialismo de Estado y de reforma y mejora puramente económica.

Y ¡qué mal parados suelen quedar algunos puntos fundamentales de nuestra doctrina social católica! Y qué líos y confusiones arman algunos con tantas «*funciones sociales*» como se van inventando en nuestros tiempos para todo!

Bástales a algunos oír o ver impresa una frase nueva de sentido popular agudamente reivindicatorio, en un discurso o en un escrito de alguien que parece militar en nuestro campo, aunque no tenga dentro de él autoridad alguna para adoptarla y propugnarla en seguida, como si fuera el Evangelio social de la Iglesia.

Temen que si no se conforman a cada instante con la última postura tomada por los más férvidos de nuestro campo, o que si no de-

---

(1) A quien creyera que exagero, le recordaría las siguientes palabras de *L'Osservatore Romano* (19 diciembre 1920): «Molti si sono formati da se su qualche libro, senza una guida; nella lettura di giornali, dove, ai principii saldi e inconcussi, spesso è sostituito un facilonismo sentimentale.»

fienden con gran entusiasmo la postrera modalidad de algún raro consejo de fábrica, aunque sea del país más extraño y de condiciones culturales e industriales del todo diversas de las propias nacionales, no merecerán ser tenidos por genuínos militantes católico-sociales, sino por la hez y basura de los más atrasados.

Los tales se saben de memoria todas las frases enérgicas de León XIII, y las repiten a cada paso, arrancadas violentamente de su lugar, sin citar, y aun sin conocer tal vez, lo que a las mismas sigue o antecede.

En cambio, la doctrina social de la Iglesia en toda su amplitud, extensión e integridad, o por lo menos, en su médula y quitaesencia, conviene a saber: en aquello que la distingue de las demás doctrinas sociológicas, como específico y característico de ella; en aquello que la otorga, con todo derecho, la supremacía sobre las demás escuelas sociales; en aquello, tan verdaderamente social, que sin ello es imposible que el mundo se salve, sí, como creemos, es sanable; en aquello que constituye lo que llamamos orden social cristiano, con todos sus lineamientos esenciales e intrínseca virtualidad y eficacia, desde el respeto a la dignidad personal y libertad legítima del individuo, pasando por la existencia y autonomía de las instituciones fundamentales ético-sociales y ético-religiosas, hasta la subordinación del Estado y de sus fines jurídico-políticos a los éticos-civiles y a la sociedad, a la cual debe él servir y coordinarse jerárquicamente... queda relegado por muchos al olvido y a la ignorancia, cuando no a un virtual menosprecio!

#### SOCIOLOGÍAS FRAGMENTARIAS

Se dice con frecuencia, y se repite fonográficamente, que la cuestión social—esa cuestión afortunada, que ha servido para que todo el mundo sin saber jota de sociología, sea sociólogo—se dice, señores, que esa cuestión es ante todo moral y religiosa... Pero el caso es que lo moral y lo religioso queda a veces tan postergado, que ni aparece en la formación social de la juventud, ni en la actuación de las obras sociales.

Todo se les va a algunos en SOCIOLOGÍAS FRAGMENTARIAS, microscópicas de soluciones parciales, diminutas; en remiendos estatistas, en reproches y ataques al socialismo... al socialismo! que, por muy extraño que parezca, es comunmente, señores, la musa inspiradora de no pocos católicos sociales de diversos países.

Es que la formación social de los jóvenes—y de otros que no son

jóvenes—es demasiado superficial y fragmentaria. No FORMA. Permanece a ras de la superficie. Ni se levanta a las grandes síntesis de la doctrina social de la Iglesia, ni se empapa del espíritu santamente popular del Evangelio, ni penetra en lo hondo y trascendental de nuestras soluciones profundamente reformadoras!

Queremos oponernos al socialismo, queremos combatir el individualismo. ¡Muy bien! Esos son, en último término, los grandes enemigos de la Sociedad, del Pueblo y de la Iglesia, y también, por natural reacción de las cosas, del mismo Estado. Pero ¡extraña inconsecuencia! los queremos combatir sin formarnos, sin poseer nuestra doctrina, sin tener una conciencia ilustrada socialmente, sin haber adquirido el sentido social, sin ser posible, finalmente, oponer a esos perversísimos sistemas los principios del derecho natural y las enseñanzas del Evangelio y las direcciones de la Iglesia y las soluciones católico-sociales, no ya esas menudas de la «acción social» al por menor, que a la larga, por sí solas, ni reforman ni mejoran el estado social, sino las que van al fondo de las cosas y que son reflejo de la concepción cristiana de la vida, así en lo tocante al individuo, como en lo que atañe a la colectividad; en todos y cada uno de los órdenes de la actividad humana y de sus altos destinos.

Porque el socialismo y el liberalismo económico no se encierran solamente dentro del campo de los intereses meramente económicos y profesionales. Ambos sistemas son la negación de todo el orden social cristiano. Sus principios han pervertido hasta lo más íntimo del ser humano; la subversión que han originado en el cuerpo social llega a sus entrañas, a la esencia misma de la humana sociedad.

El bolchevisquismo—de que tanto se asustan algunos—no es sino una consecuencia lógica de estos sistemas, y el comunismo, y la dictadura obrerista, y el terrorismo brutal, y el acaparamiento del gobierno del Estado, y la imposición tiránica de ideas y de leyes y de sindicatos únicos por voluntad de una ciega mayoría—o peor, de una escasa minoría—todo eso se deriva de alguno de los principios profesados o por el socialismo o por el liberalismo, ambos a dos, en último resultado, conculcadores del derecho natural, y por ende, esencialmente opresores y tiránicos.

#### ACCIÓN NEGATIVA

De esa falta de formación sociológica cristiana, síguense además, entre otros inconvenientes,—algunos ya indicados,—los siguientes que, por no fatigaros en demasía, me atrevo tan sólo a apuntar brevemente.

Uno es, como sin duda lo habréis observado vosotros, quizás muchas veces, el de dejarse absorber por la *acción negativa*, por una acción casi exclusivamente dedicada a combatir al adversario.

El individualismo y el socialismo, nunca, como he dicho, serán bastantemente atacados. Es bien cierto. Pero, señores, no es verdad que hay dos maneras de combatir: una negativa y otra positiva? Y no es verdad, asimismo, que la mejor y más eficaz es la que se preocupa ante todo de actuar nuestras doctrinas, de ir realizando poco a poco los puntos de nuestro programa, de hacer sociología positiva, de acción y de obras populares?

Y ¿a qué es debido ese «negativismo» de algunos, que sólo piensan en atacar y en zaherir? Pues es debido a que faltando formación sólida, profunda, integral, les es *más fácil* dedicarse a combatir al adversario en sus errores de más bulto, en sus inconsecuencias partidistas, en sus estridencias revolucionarias, que consagrarse a proponer lo propio de nuestras doctrinas y soluciones y a realizarlo de un modo científico, técnico práctico.

No negaré—¿quién puede negarlo?—que esta táctica negativa ha sido puesta de moda, y ejercitada y aun sistematizada principalmente por los socialistas y congéneres suyos. Pero en ellos esto es muy natural: tratan no tanto de edificar, cuanto de destruir. Son albañiles que no sirven sino para demoler.

La escuela SOCIALISTA es ante todo CRITICISTA, NEGATIVA. De ahí que cada y cuando sus adeptos han querido implantar algo positivo, propiamente socialista, y contando solo con sus fuerzas, el fracaso ha sido tan ruidoso, que en la mayoría de las veces ni siquiera han logrado ponerse de acuerdo o entenderse entre sí mismos.

Para hacer algo de carácter positivo, de forma constructiva, les ha sido necesario refugiarse al coto de los programas mínimos, de las plataformas hipócritas, y valerse—¡qué horror!—del Estado liberal y burgués, y no precisamente por ser ellos rematadamente estatistas, como lo son en realidad, sino por carecer de toda eficacia popular y consciente para realizarlos.

#### EL ESTATISMO

El segundo inconveniente de esa falta de formación social que lamentamos, es ensanchar algunas veces más de lo justo y conveniente, en detrimento de nuestros propios principios sociales, el intervencionismo, la política social del Estado.

Y este error práctico, ¿a qué se debe? Pues a lo mismo, esto es,



a que no sabiendo cómo aplicar nosotros, por medio de la acción social y de las obras populares, nuestros principios, que nos inducen a hacer SOCIALMENTE, más que POLITÍCAMENTE (que no dijo el Papa de los obreros: *Id al Estado*, sino *Id al pueblo*) y siendo, por otra parte, tan fácil acudir al poder público y valerse de los organismos oficiales, nos vamos derechamente hacia arriba, en vez de ir hacia abajo, dando con ello ocasión, no pocas veces, a que en lugar de ser nosotros, sean nuestros adversarios los agentes, los directores, los influyentes entre las muchedumbres.

¡Ah, señores y jóvenes queridos! De una legislación social, tutelar, moderada y prudente, que no impida la acción *ab intrínseco* de las fuerzas propiamente sociales, o que no ahogue y asfixie los organismos naturales y espontáneos con esos excesos reglamentaristas y con esos funcionarismos burócraticos, tan del gusto de los Estados modernos centralistas, sino que más bien se dedique a fomentar y a subsidiar, cuanto sea necesario, la iniciativa privada y el esfuerzo individual y colectivo (1) de una legislación verdaderamente social, previsora y armónica, que tienda a ayudar—notadlo bien: *a ayudar*—para prevenir o disminuir los conflictos obrero-patronales, o a concordar los elementos litigantes, cuando los mismos, con daño de sus particulares intereses, y sobre todo, de los más importantes y generales del orden social y del bien público, no logran concertarse y reprimir sus demasías... de todo eso, digo, señores, a que el Estado, abusando de su poder, se inmiscuya en todo, y substituya a los órganos genuinamente sociales, y suplante su acción y se introduzca en su régimen interno y lo conforme al figurín que haya adoptado, después de enterarse de una ley promulgada en Australia o en Suecia, lo que quizás es peor, que lo invente a su talante y capricho, y que se constituya como único autor y dispensador de derechos y facultades, y en providencia universal, y en dios de los ciudadanos, sin respeto ninguno a las prerrogativas naturales del individuo, de la familia, de la corporación, de la clase, de la humana sociedad, y... va una inmensa *distancia!*

---

(1) Los sistemas sociales, no se imponen. Ellos brotan espontáneamente de la naturaleza de las cosas. Se habla de organización profesional de derecho público. Estas palabras pueden contener un sentido verdaderamente sano... El legislador no puede crear ninguna organización social viviente. Esta debe brotar, surgir, de la vida misma. Así las «Gildes» no han sido creadas, han surgido; así las comunas no han recibido la vida de la ley; ellas han surgido; se han hecho.» (Dr. Aalberse, ministro católico de Holanda.)

De ordinario, señores, cuanto se concede al Estado, tanto se quita a la sociedad—y también a la Iglesia—y en consecuencia, lo artificial y movedizo y sujeto a toda clase de partidismos y de movimientos pasionales substituye a lo natural, a lo social, a lo popular (1).

A todo exceso estatista, responde, más pronto o más tarde una reacción social.

Y a veces antiestatista.

Sí señores. Cuando el Estado, abusando de su poder y convirtiéndose en cesarista, se atrevió a disolver sin miramientos la asociación para fines profesionales, tan conforme al derecho natural, surgió luego del fondo mismo de la sociedad, más potente que nunca; el movimiento asociacionista profesional obrero.

Y cuando el Estado después, yendo a parar al otro extremo, fué avanzando más de lo justo y racional por el camino de los intervencionismos político-sociales, pretendiendo por sí mismo y con sólo sus medios y remedios solucionar cuantos conflictos obrero-patronales surgieran y ser el árbitro único en el mundo del trabajo y la panacea universal de todos sus males—en tanto que ponía toda clase de trabas a la acción profundamente social de la Iglesia y al benéfico influjo de los organismos religiosos y ético-sociales—el mundo del trabajo, señores, se pasó también al otro extremo y volvió sus armas contra ese mismo Estado, ya para derrocarlo y aniquilarlo, cual si fuera el peor de los tiranos, o ya para apoderarse de él y servirse de su poder omnímodo, con la pretensión de intervenir, a su vez, en todos los aspectos de la vida humana y tiranizar al mundo entero.

Los hechos con lenguaje terrible, se complacen no pocas veces en repetir aquella frase, tan espantosa y preñada de sentidos, de la Sagrada Escritura: *Un abismo llama otro abismo!*

#### INFILTRACIONES

De la falta de formación, se deriva otro nuevo y más grave inconveniente—el último de los que me propuse indicaros en esta conferencia—a saber: el peligro que corren algunos de desviarse del recto sendero y de errar en materias de importancia, mucho más en

---

(1) Cualquiera acción social digna de este nombre reposa sobre la educación. Únicamente llamando a la inteligencia y a la voluntad de los interesados se puede realizar un verdadero progreso. Las mejoras de orden material que proceden del exterior, de las leyes, de la administración, o de filántropos, no son por lo común ni efectivas ni duraderas. LEOPOLDO MABILLEAU.

nuestros tiempos de tanta subversión de conceptos, de tanta agitación de opiniones, de tan desenfrenada licencia de ideas, algunas sutilísimas, y por lo mismo, más peligrosas.

Las INFILTRACIONES SOCIALISTAS son más fáciles de lo que algunos se imaginan. Inmunizarse contra el error liberal es también más difícil de lo que algunos se figuran. Conservarse incontaminado, libre de influencias malsanas, con una mentalidad constantemente ortodoxa, viviendo en medio de ese hervidero de nuevas teorías sociales, algunas de aspecto muy atrayente y humanitario, es de pocos! Si aun aquellos que creen poseer más a fondo la doctrina social de la Iglesia y que están más atentos a seguir las enseñanzas de los Papas PELIGRAN alguna vez... ¿PELIGRAN? ¡Cómo no! La historia de gran parte de los documentos pontificios de estos últimos años, qué es sino la de los errores, teóricos o prácticos, que han brotado o se han difundido dentro del campo católico? Pues ¿qué no sucederá, si se carece de formación básica, de criterio seguro e ilustrado?

¿Quién no se ha maravillado alguna vez, señores, al oír lo que se decía en conferencias sociales o al ver lo que estaba impreso en papeles, todo dicho por boca o por pluma de católicos sinceros y ardientes defensores de la Iglesia? Y ¡con qué aplomo y rotundidad lo decían!

¡Ah, triste es recordarlo! Pero sabéis por dónde se despeñó aquella juventud de tantos alientos, de tan nobles ideales, de intenciones tan puras, que llenó los cuadros aguerridos de aquella famosa asociación francesa que se llamó *Le Sillon*? Lo dijo Pío X: aquellos jóvenes «no estaban bien pertrechados» de doctrina. Su formación adolecía de grandes defectos. Su misma fogosidad, en sus acérrimas luchas contra los enemigos de la Iglesia; su celo ferventísimo por la conquista del adversario ignorante o bien intencionado; sus ansias vehementes de democratización de la vida, de justicia social y de mejoramiento económico en favor de las clases trabajadoras, todo eso, y, mucho más, que mereció justamente no pocas veces las alabanzas de Príncipes de la Iglesia y llenó de admiración a sus mismos adversarios, sedujo a los jóvenes sillonistas.

De haber adquirido de antemano, metódicamente, sólida y verdadera formación, o habrían previsto con tiempo los graves peligros a que incautamente se exponían, o no se habrían arrojado a ellos con tanta temeridad y persistencia.

Sin embargo, ante el ejemplo que dieron, tan elocuente, de sumi-

sión y acatamiento a la Iglesia, bien podemos exclamar: ¡*Feliz culpa!*

Pues bien, amigos míos: *Si fas est et ab hoste doceri*: si es lícito aprender del enemigo, cuánto más lo será de los que fueron y son de nuestro campo!

Aprendamos de *Le Sillon*.

#### «DESCIENDA EL PENSAMIENTO A LAS MANOS»

No sé, queridos jóvenes, si habré recargado en demasía los colores del cuadro. Tal vez me he excedido y mis arraigadas convicciones me han hecho tomar esta noche la rígida figura de un severo censor. Pero es que yo tengo una verdadera pasión, un entusiasmo sin límites, un afán incontenible de que los jóvenes católicos, por lo mismo que son católicos, puedan en todo y siempre, y más en estas materias sociales, figurar con honor al frente de las avanzadas del verdadero saber.

Estudiad, señores, estudiad, investigad, formaos sólidamente. No temáis que os deslumbren, que os ofusquen la vista los resplandores de la ciencia. La poca ciencia, como ha dicho el sabio de Verulamio, aleja de Dios, la mucha ciencia acerca de Dios. Dios, nuestro gran Dios, es el Dios de las Ciencias. Si alguien ha dicho que la ciencia impedía creer, o no ha dicho la verdad y ha confundido la ciencia con alguna meretriz, o si ha dicho la verdad, en esto mismo ha demostrado su ignorancia de la fe y su ignorancia de la ciencia. Luz más luz, en este orden de cosas, nunca engendra obscuridad. Los tales han tomado por fe lo que no es fe, por ciencia lo que tampoco es ciencia.

La Iglesia, ha dicho Pío X, no teme sino a un solo enemigo: la ignorancia.

Señores: pues todavía sois jóvenes y sabéis lo que quiere decir: *amar*; amad con amor entrañable a la ciencia. Desposaos espiritualmente con ella; prodigadle cariños de enamorado, y el más tierno, y el más dulce, y el más constante sea éste: formaros metódica, sabia, científicamente. Solo así podréis decir mañana, con Shakespeare, en la hora de vuestras grandes realizaciones: ¡Ea, descienda el pensamiento a las manos!

GABRIEL PALÁU, S. J.